

Sara Vial

Hugo Goldsack

Nos tocó compartir el concurrido homenaje que se rindió en Limache al periodista Hugo Goldsack con motivo de la presentación editorial de su libro póstumo de crónicas "Los Archivos del Diablo". El acto fue organizado por la comunidad de artistas jóvenes de esa ciudad y en especial por el joven poeta Miguel Núñez, que fuera su discípulo durante los tres años que el matrimonio Goldsack vivió en esta localidad.

Casado con la poetisa Irma Isabel Astorga, autora de aquel celebrado libro "La compuerta mágica". Hija ella del valle de Aconcagua, donde sigue viviendo, estuvo presente en el acto efectuado en la escuela limachina, junto a su hijo Hugo.

Leer estos arcangélicos "Archivos del Diablo" (en especial "El ángel suplementero") es volver a escuchar la voz múltiple y alegre de este maestro de la crónica, ahora recopiladas de su tarea en "El Diario Austral" de Temuco, como acota uno de los prologuistas, Luis Sánchez Latorre, o Filebo. A sus palabras enjundiosas se unen las de otro periodista con estilo, Enrique Ramírez Capello, que recuerda sus viajes por Centroamérica y España y sintetiza al autor en una frase feliz: "Nos conducía al safari con sus libros". Eso fue, sin duda Hugo Goldsack, al que cuesta imaginar desencarnado, para decirlo con la palabra con que él designa a los muertos. Su estampa vigorosa, su decisión alerta y ese verbo que le brotaba por todos los poros, lo convertían en un expedicionario incesante, capaz de conducirnos a la más fresca aventura de la palabra. Era dueño y señor de ese goce de

escribir que hizo inolvidables a tantos periodistas, un Tito Mundt, un Joaquín Edwards Bello. Y por cierto, un Daniel de la Vega, que en estos días, desde alguna estrella, ha de releer regocijado, su republicada columna "Hoy", tan vigente como si el tiempo no hubiera pasado, como si el tiempo de

"Yo soy de los que no creen que haya una frontera inseparable entre el periodismo y la literatura", nos dice en su crónica "Esa gran novela llamada periodismo".

la palabra que se escribe para un diario no fuera nunca totalmente fugaz.

Estos "Archivos" (que no sé por qué se llaman "del Diablo") reavivan épocas cercanas y distantes, resucitan tertulias literarias y el clima de bohemia culta y conservadora que vivieron en su tiempo periodistas y escritores, yo diría, con mayor cordialidad que hoy. Como hombre amante de las letras, sus testimonios sobre escritores son valiosos. Nombres como el de Nicomedes Guzmán, Andrés Sabella, Alejandro Galaz, Carlos Pezoa Véliz, Leonardo Espinoza, Victoriano Vicario

y tantos más, surgen en su tangible realidad humana, siempre conmovedora bajo el enfoque directo y personal.

"Yo soy de los que no creen que haya una frontera inseparable entre el periodismo y la literatura", nos dice en su crónica "Esa gran novela llamada periodismo". Y agrega: "Ni siquiera creo que haya frontera alguna". Enfatizando la idea, cita un párrafo de Irma Isabel Astorga: "Es que los diarios son la novela viviente de nuestra época. Todos los días entregan los capítulos palpitantes de un drama que se desenvuelve en todos los ámbitos y en todos los niveles de la comunidad terrestre. Y tienen, además, el talento de dejarnos todos los días con el alma en suspenso, esperando el desenlace o la complicación, que es lo más seguro del acontecimiento con que hoy nos han querido apasionar. Por otra parte, el 70 de las novelas te enseñan poco y nada de la historia del hombre y sus increíbles problemas. En cambio el diario te va entregando a modo de un cómodo folletín, o folletón como dicen los españoles, toda la historia de nuestro tiempo y todos los asuntos humanos que puedan sernos de algún interés".

Por otro lado, el ensayista y pensador español Ortega y Gasset, publicó primero en la prensa lo que más tarde fueron sus célebres libros, y así lo hicieron Hemingway y otros grandes.

Hizo bien en no creer Hugo Goldsack en las fronteras inseparables. El, además, fue poeta y Ediciones Diógenes prepara ahora una antología de sus poemas.